

¿Qué oprimidos aguardan el consuelo?
 ¿A qué opresores llevaré el perdón?"

Oyó Jesús con ínclita sonrisa
 La queja del pastor que amó su ley,
 Y, arrebatando al ánima indecisa,
 La vista huyó de la angustiada grey.

Julio de 1858.

EN LA MUERTE

DE LA SEÑORITA SOLEDAD GÓMEZ SOTO

Dejando el triste suelo
 Te vas ¡oh niña hermosa!
 Y en el radiante cielo
 Donde el afán reposa,
 Entre sus bellos ángeles
 Te cuenta ya el Señor.

Tu muerte no es la pena
 Que aguarda el hombre injusto
 De espanto el alma llena,
 De horror teñido el busto,
 Sino el dichoso tránsito
 De un mundo á otro mejor.

Por eso intento vano
 Es de la parca aleve
 Cuando, con torpe mano,
 A tu beldad se atreve,
 Y en tenebroso féretro
 Bello tu cuerpo está;

Que si la atroz dolencia
 Tu tierna vida extingue,

Su bárbara influencia
 Tu hermosa faz distingue
 Y á tu semblante lívido
 Nuevo esplendor le da.
 ¡Feliz, feliz mil veces
 Quien, como tú, del mundo
 Las corrompidas heces
 Nunca probó y fecundo
 De la virtud el mérito
 Lleva sin mancha á Dios!
 ¡Dichosa tú que dejas
 La vida ansiosa y dura,
 Donde entre amargas quejas
 El mal su rabia apura,
 Y vuela ya tu espíritu
 De eterna dicha en pos!
 Mas ¡ay! ¡desventurados
 Los que en la tierra moran
 Y en duelo abandonados
 Tu amarga ausencia lloran!
 ¿Quién hoy de tanta pérdida
 Los puede consolar?
 Tu amante en vano piensa
 Que eres feliz, no escucha
 Que en tu ventura inmensa
 Cesó la horrible lucha
 Con este mundo pérfido
 Y todo es bienestar.
 Devoran á tu padre
 Cuidados mil prolijos:
 ¿Cómo dará una madre
 A sus más tiernos hijos?

Tu halago ¡pobres huérfanos!
 ¿Quién les podrá volver?
 Tú, de la edad ligera
 En los alegres días,
 Riendo placentera
 Su infancia dirigías
 Y, virgen pura y cándida,
 Madre supiste ser.
 Cuando la voz del cielo
 Oyó tu alma tranquila
 Y, pronta á alzar el vuelo
 Ni teme ni vacila,
 Tus pensamientos últimos
 Lanzaste al porvenir;
 Y padre, amante, hermanos
 Temores te infundían,
 Por ellos los arcanos
 Del hado te afligían
 Y á Dios mil votos férvidos
 Elevas al partir.
 Si amor, que en vivo fuego
 El corazón inflama,
 Turbando tu sosiego
 Su abrasadora llama
 Prendió en tu seno púdico,
 De virginal candor,
 ¡Cuán tierno y acendrado
 Se reveló en tu acento!
 ¡Cuán puro y delicado
 Fué el casto sentimiento!
 ¡Dichoso amante el único
 Que mereció tu amor!

Mas hoy ¡ cuán infelice!
 Al contemplar su suerte
 Gimiendo la maldice,
 Que el genio de la muerte,
 De nuestros goces ávidos,
 Le arrebató su bien.

¿Quién anunciar pudiera
 Que, en vez de hallarte unida
 Con él, la peste fiera
 Cebándose en tu vida,
 De una corona fúnebre
 Iba á cargar tu sien?

No la encendida rosa,
 Ni el arrayán preciado,
 Ni el azahar de esposa
 Dan lustre á tu tocado,
 Que, de pureza símbolo,
 Mustio laurel te ornó.

Y leve tu alma sube
 Por el espacio inmenso,
 Como la blanca nube
 De perfumado incienso,
 Como el suavísimo hálito
 De matutina flor.

Desde el sublime asiento
 Donde el placer rebosa,
 Escucha mi lamento,
 Criatura venturosa,
 Oye la ardiente súplica
 Que osa elevar mi fe.

Y de tu padre el duelo
 Mirando enternecida,

Haz que el Señor consuelo
 Derrame en su alma herida,
 Y á tus hermanos míseros
 Su bendición les dé.

Dilate entre los goces
 Los días de tu amante
 Y calme sus atroces
 Dolores al instante,
 Mostrándole tu espíritu
 En la mansión de luz.

Las gracias y favores
 En tus amigas lluevan
 Que misteriosas flores
 A tu sepulcro llevan.
 Algunas ¡ ay! de lágrimas
 Bañaron tu ataúd.

Dios á tu Patria libre
 Del invasor malvado
 Y ardiente rayo vibre
 Sobre el traidor menguado
 Que por extraño déspota
 Lucha incesante aquí.

Y si mi pobre canto
 Oyeres condolida
 Y el frío desencanto
 Que marchitó mi vida
 Te inspira ¡ oh niña! lástima,
 Ruega también por mí.

México, Enero de 1863.

EPISODIO DE LA VIDA DE JUAREZ

ADVERTENCIA

Habiendo visto, en la convocatoria publicada en Oaxaca para unos Juegos florales, que se pedía entre otras composiciones, "una leyenda literaria basada en algún episodio de la vida de Juárez", y que había de ser en prosa, ocurrióme referir un hecho poco ó nada conocido y que honra sobremanera á aquel hombre extraordinario. Mas, no comprendiendo de qué modo pudiera darse á semejante leyenda (en la acepción más amplia del vocablo) el especial carácter literario que se exigía, me pareció bien escribirla en prosa rítmica, es decir, en endecasílabos sin rima alguna y con la apariencia, casi con el estilo de prosa común, imitando en esto al belga autor del drama *Monna Vanna*, escrito en alejandrinos franceses sin rima y traducido en forma análoga por el Sr. D. Balbino Dávalos. El estilo que me propuse emplear es, además, en lo general tan llano y sencillo que no desdice del que á mi juicio conviene á toda narración histórica, siendo el hecho que relato verdadero hasta en sus últimos detalles. Así mi composición no tendría de literaria más que el juego rítmico á que hago referencia, en el cual ni aun parece necesario el rigor prosódico, sino en ciertos casos atenerse á la pronunciación usual entre nosotros.

Por lo demás, la posición que ocupó en el Gobierno y la circunstancia de haberseme elegido para escoger un regalo destinado

al autor de la mejor "leyenda literaria" me cerraban la puerta (aun prescindiendo de otras consideraciones) para entrar en el Concurso. Publico, sin embargo, mi composición prosaica por rendir un humilde tributo á la memoria del gran patricio que, hace cien años, vió la luz primera en un rincón de la sierra de Oaxaca.

EPISODIO

En el año terrible para México,
Y al declararse la invasión francesa,
En esta hermosa capital vivía
Un súbdito francés, que entonces era,
Entre otros varios, preceptor de un niño
De Juárez hijo y que su nombre lleva.
Casado era el francés con mexicana,
Su amante y laboriosa compañera
Que, á su vez, educaba algunas niñas
Hijas del Benemérito de América.
Venido á la República años antes
Por una torpe y malhadada empresa
De colonización allá en la costa,
Que el caudaloso Coatzacoalco riega,
Quedóse en el país y á la enseñanza
Consagró desde luego sus faenas,
Para lo cual brindábale aptitudes
Su literaria educación completa.
Mas, de genio versátil ú obligado
Por causa de salud, su residencia
Cambió diversas ocasiones, ora

Viviendo en esta capital, ó fuera,
 Ya en ciudades del Norte, ya en Oaxaca,
 Donde más de tres años una escuela
 Mantuvo por contrato con los padres
 De Cañas y Quiñones, Beltranena,
 Mariscal y otros varios, hoy difuntos,
 Con la sola excepción del que esto cuenta.
 Conociendo el país mejor que tantos
 Como escriben sobre él á la ligera,
 Además de trabajos pedagógicos,
 Compuso con esmero y dió á la prensa
 Un libro titulado *Le Mexique*,
 Por Mathieu du Fossey" (su nombre ese era).
 En él, como de paso, procuraba
 Mostrarnos la notoria conveniencia
 De recibir con gusto y entusiasmo
 Una amistosa intervención francesa,
 La cual debía hacernos muy felices
 Al darnos protección, según se hiciera
 Con Italia en Europa, levantando
 Del poder á la cúspide soberbia
 A la raza latina (aunque no abunde
 Como especie animal en nuestra tierra).
 Así nos libraría del peligro
 De perecer, y no dejar ni huella,
 Por el yankee invasor, con los embustes
 Que de pretexto á Napoleón debieran
 Servirle algo después para invadirnos
 Separado de España y de Inglaterra.
 El libro de Fossey halló fortuna
 En la Corte Imperial y, en consecuencia,
 A más de producirle otras ventajas,

Puso al autor en relación estrecha
 Con algún encumbrado personaje,
 Con quien pronto entabló correspondencia.
 De un primer matrimonio, á lo que entiendo,
 Fossey tuvo dos hijas. Una de ellas
 Manuelita llamábase en Oaxaca,
 Emmeline en su patria y en su lengua.
 De vuelta ya en Europa con la madre,
 Que en breve sucumbió á su mala estrella,
 Casó Emmeline en Francia y residía,
 Cuando aquí declarábase la guerra,
 Con su esposo en Argel. Su padre, cauto,
 Sus cartas remitía más secretas
 De México á París por medio de ella,
 En tanto que ella le guardaba oculto
 Diabólico rencor, según se cuenta,
 Por la conducta que Fossey llevara
 Con la difunta madre de Manuela,
 O como otros dijeron y es posible,
 Por mezquinas cuestiones de una herencia,
 O por cualquiera causa que no importa.
 El caso fué que en la mayor reserva,
 Algunas de esas cartas Emmeline
 Interceptó con intención aviesa,
 Posible contra un padre sólo cuando
 El hijo negro corazón encierra,
 De crímenes capaz, en donde anida
 Sierpe que lo corrompe y envenena.
 Al recibirse en México el aviso
 De que la hostil expedición francesa
 Sobre esta capital avanzaría,
 Haciendo así del armisticio befa,

Con fútiles pretextos que indignaron
 Al jefe Prim de la española, inmensa
 Irritación notóse en los caudillos
 Del elemento popular y serio,
 Precauciones tomáronse al instante
 Para evitar insultos y torpezas
 En contra de franceses laboriosos
 Que el país habitaban por doquiera.
 Felizmente se vió que la colonia
 Con tacto se condujo y con prudencia,
 Logrando que este pueblo no olvidara
 Su inclinación simpática por ella.
 Con todo, en aquel trance bien se pudo
 Temer una explosión que de vergüenza
 Nos hubiese cubierto, pues sobran
 Necios que ya querían promoverla
 Acreditando su valor salvaje
 Contra gente pacífica, indefensa.
 En situación tan llena de peligros,
 Una abultada carta de la Argelia
 Llegó, por el paquete inglés de Europa,
 A Juárez dirigida; en su cubierta,
 Otras viniendo por Fossey escritas
 A su paisano y valedor del Sena.
 Su texto claramente revelaba
 Que era espía Fossey, en esa época,
 Del Gobierno francés. Así Emmeline
 Denunciaba á su padre traicionera,
 Por venganza —¡qué horror!—. Juárez, discreto,
 No habló ni una palabra; á su presencia
 Llamó á Fossey y, cuando estuvo á solas,
 Las cartas entregándole, "Usted lea",

No más le dijo. Atónito el espía,
 Sin poder dominar su gran sorpresa,
 Tomó la de Emmeline, su hija cara,
 Distinguiéndola al punto por la letra.
 Apenas comenzada su lectura,
 Pálido el rostro de amarilla cera
 Y con trémula voz, á Juárez dijo:
 "Mande usted fusilarme, no me arredra
 La muerte ya... mi hija es quien me mata...
 ¡Feliz yo si la vida se me abrevia!
 Usted, señor, es padre y me comprende."
 "Ya está usted castigado —con severa
 Voz le replica Juárez, que ocultaba,
 En medio del rigor de aquella escena,
 Su profunda piedad—; mas cuide en tanto
 De obrar con discreción; de otra manera,
 Usted se entenderá con la Justicia."
 Partió Fossey confuso, y con presteza
 De México alejándose, otro clima
 Buscó para esconder su amarga pena.
 Tal era el noble corazón de Juárez,
 Tal la moderación y la prudencia
 De aquel varón á quien los sicofantes
 De las malignas Cortes europeas
 Pintaban como torpe y sanguinario,
 Cual indio testarudo zapoteca.
 Hombre de hierro que el deber templara,
 Jamás contra el deber ni un punto ceja;
 Mas, fuera de esa inspiración, piadoso,
 Humano siempre y sin rencor se muestra.
 Era un varón prudente y compasivo
 En quien sólo el rigor de la conciencia,

Llevando el bien de la Nación por guía,
 Daba impulso á la mano justiciera.
 La fe con que aguardaba la victoria
 No fué superstición ni estratagema,
 Fué convicción profunda y confianza
 En la fuerza invencible de su idea.
 "Si en mi vida —pensaba— no la alcanzo,
 Otra generación tendrá que verla."
 De allí su abnegación y su constancia
 Que vimos con asombro y que lo eleva
 Tan alto en nuestro amor, mientras la historia
 Su frente ciñe de inmortal diadema.

Mayo de 1906.

UN SUEÑO

THE ROCK OF AGES

Soñaba yo que á misteriosa playa
 Llegué en lóbrega noche; me aturdía
 La mar con hondo estrépito; chocaban
 Las olas con las olas, impelidas
 Por fiera tempestad, y retumbando
 El rayo en bronco estruendo, repetía
 Su voz eco sonoro. Allí delante
 Se alzaba un arrecife en cuya cima,
 Y á la luz del relámpago frecuente,
 Mirábase una cruz alta y sencilla,
 Cual centinela inmóvil. La tormenta,
 Rugiendo el huracán, se embravecía
 Con inmenso furor; de blanca espuma
 Cercado el arrecife, en negra tinta
 Dibújase el peñasco y, por momentos,
 Las encrespadas olas lo cubrían,
 Dejando sólo dominar sobre ellas
 La solitaria cruz. Mas ¡ay! encima

Del confuso oleaje... ¿veis?... ¿qué alcanza
Ya en alto, ya al bajar, mi incierta vista?

Es una barca, sí, que en lucha horrenda
Y de la mar juguete, se aproxima
A estrellarse en la roca, donde luego
La miro zozobrar. Temblando oía
(O en mi turbada mente resonaban)
Los doloridos ayes de las víctimas,
Cuando percibo, al descender las olas
Del árido peñasco, aun indecisa,
Humana forma de un cendal cubierta.
Profusa cabellera se tendía
Sobre su blanca veste y, abrazada
De la gigante cruz, en vano agita
La mar sus rudas olas en contorno,
Quedó ya en salvo la angustiada víctima.

Brillante luz de súbito amanece
Por el negro horizonte, y desde arriba
Un ángel se desprende en raudo vuelo,
Bajando hasta la peña en que gemía,
Colgada de la cruz, la triste náufraga.
La mano le tendió, y al punto asida
Del paraninfo celestial, la veo
Que va á perderse, en luminosa vía,
Detrás del firmamento, arrebatada
Para el asilo de la eterna dicha.

Mística voz resuena en mis oídos
Que en inefable acento me decía:
"Esa mujer es alma venturosa;
Ese mar en tormenta, nuestra vida;
La muerte, el arrecife inevitable,

Y la cruz es el áncora divina
Que salva del naufragio."

Poderoso

Trueno rasga los aires, y en seguida
Mi cuerpo, sacudiendo su letargo,
Despierta, y queda el alma pensativa.

1891.

CARIDAD

(DE UNA LEYENDA EN VARIOS IDIOMAS)

A MI HIJA ELENA.

Lloviendo á mares, San Martín hallóse
A un pobre esclavo en medio del camino,
Y al punto en dos su capa dividiendo,
Regaló la mitad á aquel mendigo.

Quedando en consecuencia mal parado,
Comienza luego á tiritar de frío,
Mas con todo, feliz se considera
Por haber hecho al pobre un beneficio.

Satán furioso jura que al instante
Lo ha de ver de su acción arrepentido,
Y suelta desde el polo en aquel punto
Helado viento y lluvia con granizo.

El Norte azota con furor la cara
Del Santo, que ya tiembla entelerido;
Mas no por eso lamentó su suerte
Ni el haberse privado de su abrigo.

“Ya verás, ya verás lo que te aguarda”,
Prorrumpe en tanto Satanás maldito,
Y llueve, nieva, escarcha y se oscurece
La tierra toda como negro abismo.

Entonces San Martín exclama triste:
“¡ Ay de aquel desgraciado ! ¡ Pobrecito !
¿ Cómo no le cedí mi capa entera
Mirándole tan débil y enfermizo ? ”

“Silencio, y cáete pronto sobre el hielo
—rugió Satán de nuevo enfurecido—;
Cae y expira entre el lodo cual merece
Tu imbécil caridad, Santo ridículo ! ”

Cayó dormido el Santo entre la nieve
Y en sueños vió resplandeciente á Cristo,
Y al otro día despertó animado,
De vida lleno con calor divino.

México, Abril de 1906.